





TOMÁS  
Y LA HABITACIÓN  
SECRETA



J. S Ripoll

TOMÁS  
Y LA HABITACIÓN SECRETA



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© J. S Ripoll

ISBN: 978-84-18544-14-9

ISBN digital: 978-84-18544-15-6

Depósito legal: M-26945-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Se lo dedico a todas las familias y en especial  
a mis padres.*





# Capítulo 1

## Una nueva amiga

—Tomás, despierta.

Una chica zarandea el brazo del muchacho que se halla acostado en la cama. Este comienza a abrir los ojos muy lentamente a la vez que mira de un lado a otro sin saber dónde se encuentra.

—¿Dónde estoy? —examina todo el lugar totalmente desconcertado—. ¿Quién eres? —le habla asustado a la niña que lo ha despertado.

La joven se encuentra de pie al lado de la cama. Su cabello es liso y muy corto. Posee unos grandes y redondos ojos negros que van a juego con su pelo. Lleva puesto un pijama rosa claro y unas pantuflas del mismo color. Ella, apretándole la mano, le dice:

—Tranquilo, Tomás, no pasa nada, acabas de despertar y estás desorientado.

—Pero... ¿dónde estoy?

—Estás en el hospital Santa Inés, acabas de llegar —le explica ella.

—¿En un hospital? —pregunta sobresaltado y mirándose todas las partes del cuerpo—, ¿qué me ha pasado?

—No lo sé muy bien, pero creo que te atropelló un coche; eso fue lo que escuché decir al médico.

—¿Un coche? —deja la mirada perdida mientras intenta recordar lo sucedido—. No recuerdo nada.

—Tranquilo, ya te acordarás, lo importante es que estás bien, no ha sido nada grave —se queda observándole fijamente unos segundos—. Ah, se me olvidaba, mi nombre es María.

—Qué nombre más bonito. Yo soy Tomás. Encantado de conocerte.

—Sí, ya lo sabía, también se lo escuché al doctor cuando hablaba con tus padres.

—Ahora que lo dices, ¿dónde están mis padres? —dirige la vista hacia las ventanas de la estancia con la esperanza de ver a sus padres—. ¿No están aquí?

—No lo sé, pero seguro que el doctor les dijo que necesitabas descansar; además, en esta zona del hospital no pueden entrar los padres, las visitas están prohibidas, pero ahora que estás despierto avisarán a tus padres, y no tardarán en venir a verte.

Tomás se entristece y agacha la cabeza. La muchacha le mira y se acerca a su lado, se sienta en la cama junto a él y, cogiéndole la mano, le dice:

—¿Por qué estás triste?

—Seguro que cuando vengán mis padres estarán enfadados conmigo —responde tristemente Tomás.

—No digas eso, tú no lo sabes.

—Sí que lo sé, siempre me están castigando —insiste el muchacho.

—Eso será porque no les haces mucho caso, aunque de todos modos seguro que se alegran de ver que todo está bien y que solamente se ha quedado en un susto.

—¿Tú crees? —se queda más tranquilo al escuchar las palabras de ella y, disimuladamente, deja escapar una ligera sonrisa de sus labios.

—Claro que sí, pero mientras tanto hay que aprovechar el tiempo que estés aquí.

—Y... ¿qué tienes pensado hacer? —le pregunta intrigado.

—Ya lo verás; vente conmigo, que quiero enseñarte algo que te gustará muchísimo.

María se levanta de la cama y, sin soltarle la mano, estira varias veces de él para que se levante.

—Venga, date prisa, que no nos tiene que ver nadie.

Tomás se levanta rápidamente de la cama, se pone sus pantuflas y la sigue cogido de la mano en todo momento.

—Pero... ¿a dónde vamos?

—Confía en mí, te gustará —responde la joven.

Se acercan a la puerta de la habitación y María se detiene, mira a Tomás y se pone el dedo sobre los labios para crear un absoluto silencio.

—No hagas ruido. Voy a ver si hay alguien —susurra muy despacio.

La joven gira con suavidad la manivela y abre muy despacio la puerta sin hacer el más mínimo ruido. Saca

la cabeza sigilosamente y mira hacia un lado del pasillo y, a continuación, hacia el otro lado. Observa que no hay nadie y vuelve a meter la cabeza en el interior de la habitación; es cuando mira al joven y le dice:

—No hay nadie, ahora vamos a salir corriendo y no te tienes que parar, pase lo que pase. Tú sígueme en todo momento y haz lo que yo haga.

Él, que no sabe de qué va la cosa, asiente al escuchar las indicaciones recibidas.

—De acuerdo, yo te sigo.

María cuenta mentalmente tres y grita:

—¡Ahora!

Abre rápidamente la puerta y vemos cómo salen corriendo de la habitación, recorren todo el pasillo y giran hacia la izquierda por la primera esquina, que da paso a otro de los pasillos. Continúan corriendo hasta que la joven se detiene en seco.

—¡Para! Viene alguien —ve que en un lateral hay un pequeño carro repleto de toallas—. Escondámonos aquí.

Ella tira fuertemente de la mano de Tomás y se agachan junto al carrito. De repente, aparece por una de las puertas una enfermera, la cual, sin percatarse de la presencia de los dos jóvenes, prosigue su camino y se marcha del lugar.

—Por poco —suspira María.

Dicho esto, levanta la cabeza por encima de las toallas para asegurarse de que no hay nadie más y así poder continuar su camino.

—No hay nadie, ya podemos salir.

Tomás coge aire para prepararse.

—Cuando tú digas.

Los dos se levantan y comienzan a correr de nuevo hasta llegar al final del pasillo, en el que se encuentra una puerta de color azul; María la abre rápidamente y entran en su interior. Una vez dentro, cierran la puerta y se apoyan en ella para recuperar poco a poco el aliento, a la vez que la muchacha intenta hablar.

—Pues ya estamos. Esta es la habitación secreta.

—¿La habitación secreta? —Tomás, extrañado, mira la habitación, pero no consigue ver nada que la haga especial—. Y, ¿qué es lo que tiene de secreta?

Ella le mira fijamente y le pregunta:

—¿De verdad que no ves nada raro en esta habitación?

Tomás observa con más atención la sala para descubrir qué la hace diferente.

—Lo siento, pero no veo nada. ¿Qué se supone que debo ver?

María le mira con una dulce sonrisa.

—No te lo puedo decir, eres tú mismo el que debe verlo, eso significará que ya estás preparado.

—¿Preparado para qué? —la curiosidad corroe al muchacho.

—Vamos a ver, te voy a dar una pequeña pista. Fíjate en la parte baja de esa estantería que hay enfrente de nosotros.

El muchacho fija la mirada donde ella le ha dicho; es entonces cuando de repente ve un pequeño reflejo, algo brillante que no deja ver de qué se trata debido a su des-

tello. Tomás sonríe, porque por fin lo ha encontrado.

—Creo que lo veo... Sí, sí, lo veo. Brilla mucho, pero no sé lo que es.

La muchacha se alegra también.

—Menos mal, ya creía yo que no ibas a darte cuenta. Vamos.

Los dos se acercan a la estantería y sacan unas cajas de cartón y unas cuantas toallas que hay en la parte inferior, y dejan al descubierto una pequeña y discreta puerta camuflada en la pared, ya que es del mismo color que esta, de la cual solo se distingue su redondo pomo plateado causante del destello.

—¿Y ahora qué hacemos?, ¿a dónde lleva esa puerta? —dice el joven, intrigado.

—Nos lleva al pasillo de los deseos.

—¿Cómo dices?, ¿el pasillo de los qué? —extrañado al escuchar semejantes palabras.

—De los deseos —le vuelve a repetir.

—Lo mejor será entrar y así lo ves tú mismo. Te gustará, confía en mí.

María se arrodilla, alarga la mano hacia el pomo y abre la puerta. La joven se adentra por la puerta a gatas debido a su reducido tamaño.

—Venga, sígueme.

El muchacho, un poco nervioso, traga saliva, se arrodilla al igual que su amiga y empieza a pasar por la diminuta y estrecha puerta. Una vez traspasado el umbral se levanta junto a su compañera, la cual cierra la puerta, empujándola suavemente con el pie.

—Ya estamos aquí —dice ella sonriendo y esperando

la reacción de Tomás.

Los dos se encuentran en un pasillo interminable, está repleto de puertas tanto a un lado como a otro. Sus paredes y techos están pintados de diferentes colores, formando todo tipo de siluetas abstractas. Él pierde unos segundos observando cada detalle del lugar.

—¿Dónde estamos? —pregunta el joven.

—Como te había dicho, nos encontramos en el pasillo de los deseos.

—¿Por qué ese nombre?

—Porque todo lo que siempre has deseado tener aparece al otro lado de estas puertas —responde ella.

—Y... ¿por qué hay tantas puertas?

—Cada una pertenece a un niño diferente: al igual que yo tengo la mía, tú también tienes la tuya —le explica María.

—¿Todas las puertas que hay aquí tienen dueño? —pregunta el muchacho.

—Sí, Tomás, todas y cada una de las puertas que ves son de niños y niñas del hospital —la joven comienza a caminar—. Ven conmigo.

Se adentran poco a poco en ese misterioso e infinito pasillo. Tomás está un poco asustado, sigue a su compañera sin saber muy bien a dónde le lleva.

A medida que van pasando por delante de las puertas, Tomás mira unos pequeños carteles de metal situados a media altura en cada una de ellas, las cuales son de madera maciza de roble y, a su vez, todas son de diferentes colores. El muchacho lee los nombres expuestos en las

placas metálicas.

—Supongo que cada habitación será del niño o niña con el nombre que pone en la puerta —le dice a ella a medida que avanzan sin detenerse.

—Sí, así es. Cada uno tiene su nombre puesto en la puerta para saber cuál es la suya y así no perderse. Imagínate no saber cuál es la tuya, con tantas puertas como hay. Te volverías loco buscando —responde María.

Los jóvenes se adentran cada vez más y más. Tomás gira la cabeza para ver a qué distancia se encuentra la puerta por la que han llegado hasta allí, pero su vista ya no alcanza el inicio del pasillo, y no consigue verla. Eso le hace preocuparse todavía más.

—¿Cuánto falta? Estamos muy lejos —se impacienta Tomás.

—Tranquilo, no te preocupes, tu habitación está ahí mismo, enfrente de la mía —contesta ella.

—Pienso que sería mejor dejarlo para otro día y volver al hospital —el joven está cada vez más preocupado.

María se detiene de repente.

—Tranquilo, no te preocupes más por tus padres, no les dejarán entrar en la habitación hasta pasadas varias horas, así que disfruta de este sitio y no lo pienses más.

—¿Estás segura? No quiero que lleguen sin estar yo allí —vuelve a preguntar el chico.

—Eso no va a pasar, ya verás cómo llegamos antes que ellos. Te lo prometo.

Las palabras de la joven tranquilizan un poco más a Tomás.



—Mira, esta es tu habitación —le dice ella.

Tomás mira hacia su derecha, y observa una puerta de color verde que posee una placa con su nombre escrito en mayúsculas, al igual que las demás.

—Veo que te gusta el verde —le dice María, mirándole a la vez que sonríe disimuladamente.

—Sí, es mi color favorito. ¿Cómo lo sabes?

—Porque los colores de las puertas son los favoritos de cada niño o niña —le explica María.

Tomás asiente y mira hacia los lados buscando algo.

—¿Cuál es la tuya?

—La mía es esta. Te había dicho que estaba justo enfrente. ¿Ves?

El joven observa que la puerta de color morado situada a su izquierda frente a la suya posee el cartel con el nombre de su amiga.

—Sí, es cierto. ¿Cómo es que tu puerta está frente a la mía?

—Se supone que va por antigüedad, los niños que más tiempo llevan en el hospital tienen las puertas situadas al inicio del pasillo, y así hasta el final.

—¿Tanto tiempo llevan esos niños? —pregunta el joven.

—Se supone que sí. Yo tampoco sé muy bien cómo funciona todo esto, llevo pocos días aquí. Piensa que hay niños que viven en los hospitales debido a enfermedades raras; otros porque sus familiares no pueden hacerse cargo de los cuidados, y así numerosos casos —expone su teoría la joven muchacha.

—Es una pena, pero tienes toda la razón —habla to-

talmente convencido.

—Bueno, ¿qué? ¿Entramos ya en tu habitación? —le dice María.

—¿A mi habitación? ¿Ya? Prefiero esperar un poco más, todavía estoy un poco confuso con todo esto, mejor entramos primero en la tuya.

—De acuerdo, lo entiendo; sé que todo esto te resulta extraño, me pasó a mí también. Entraremos primero en la mía a ver si te animas un poco. Vamos.

La muchacha se acerca a la puerta, pone la mano sobre el pomo y la abre. Al ver esto, Tomás se extraña un poco y no duda en preguntar:

—¿Las puertas no están cerradas?

—Tranquilo, solo la puede abrir el dueño de la habitación, si otro niño quiere entrar, no puede. El pomo solo reconoce la mano del dueño, no me preguntes por qué, pero así es —le explica ella.

María es la primera en entrar y Tomás la sigue, pero no muy convencido. Antes de pasar al interior mira de nuevo hacia el inicio del pasillo; en ese momento, ella lo agarra de la mano, estira hacia dentro y cierra la puerta.